

# Ante un llamado del Papa

Por Jaime Guzmán

En reciente mensaje previo a la Cuaresma, iniciado esta semana, el Papa ha denunciado con especial énfasis el "escandaloso problema



de la mortalidad infantil, cuyas víctimas se cuentan por decenas de miles cada día". Son "niños que mueren antes de nacer y otros tras una corta y dolorosa existencia, consumida trágicamente por enfermedades fácilmente prevenibles".

Juan Pablo II nos pide luchar contra el drama de "tantas madres que ven frustradas sus esperanzas y alegrías por la temprana muerte de sus hijos".

El índice de mortalidad infantil se considera universalmente como uno de los más representativos del grado real de desarrollo o subdesarrollo de una sociedad.

En efecto, el descenso de la mortalidad infantil exige -junto a planes eficientes de nutrición- mejorar aspectos sociales básicos como el acceso a agua potable, alcantarillado y otras condiciones esenciales para una calidad mínima de vida, que reduzcan los riesgos de enfermedades que diezman a niños recién nacidos o de corta edad.

Por otro lado, la capacidad de un país para autosustentar sus recursos humanos representa un pilar insustituible de un desarrollo social válido y sostenido en el tiempo.

Con todo, la batalla en cuestión encierra además un elevado contenido moral, que supera cualquier dimensión socioeconómica, por importante que ésta sea.

Está en juego la viabilidad del derecho a la vida de millares de seres que poseen la dignidad de hijos de Dios, por haber sido creados a Su

imagen y semejanza.

Ahora bien, mientras en 1970 morían en Chile -a causa del referido flagelo- 80 niños de cada mil nacidos vivos, hoy esa cifra ha disminuido a 19 por mil, nivel propio de país desarrollado.

Considero que eso representa, sin duda alguna, uno de los logros más valiosos y meritorios del actual Gobierno. En dicho avance se conjugan todos los factores de prioridad moral, de espíritu solidario y de eficiencia técnica antes reseñados, como ejes del combate contra la extrema pobreza.

Al régimen actual se le pueden formular diversas críticas, con mayor o menor fundamento, según los casos. Pero nadie puede -de buena fe- desconocerle su inspiración social al servicio de los más pobres, que refleja tan notable progreso, máxime cuando éste supone el coraje de postergar legítimos intereses de poderosos grupos de presión para atender la necesidad más urgente de quienes no tienen voz.

El éxito en la lucha contra la mortalidad infantil conlleva darle preferencia frente a otras metas de mucho mayor rentabilidad política, criterio sólo explicable por muy firmes convicciones éticas.

Ante el llamado del Papa me ha parecido de justicia destacarlo, por contraste a tanta retórica hueca en torno a lo social.